

Y justamente porque ellos NO PUEDEN TEMER LA MUERTE, vivirán.

Si fuese precisa una prueba de la necesidad de la fundacion de Ignacio, se la encontraria superabundante en la rapidez de su primer desarrollo. La Compañía de Jesús constaba de diez, la Bula de institucion limitaba su número á sesenta, y apenas trascurrieron algunos meses, cuando el Soberano Pontífice se vió obligado á retirar aquella limitacion, último vestigio de la repugnancia que sus preocupaciones inspiraban al Cardenal Guiddicioni.

Los estrechos limites de este libro no nos permitirán alabar suficientemente los santos trabajos de los diez primeros Jesuitas, todos oradores elocuentísimos, profesores eminentes, teólogos consumados, escritores de nota, ardientes apóstoles de la caridad, poderosos defensores de la verdad. Apenas podremos seguir con la mirada á cada uno de ellos á lo largo de su camino, antes de entrar en el curso general de los sucesos de la Compañía.

Loyola, centro y alma de la Compañía, casi desaparece como obrero inmediatamente despues de su exaltacion. Su actividad era inmensa, pero se pierde en el gran movimiento que dirigia. Habia dicho en sus Constituciones: «El General no tiene por mision predicar, ni esforzarse como soldado, sino gobernar.»

Diego Laynez, espíritu admirable que parecia haber disfrutado, con Lefevre y Javier, la más íntima confianza de Loyola, al cual sirvió, segun se cree, de colaborador en la redaccion definitiva de la Regla, fué enviado primero á Venecia, donde la lucha empeñada por él contra la herejía produjo tan admirables resultados, que la multitud pasaba la noche esperando á la puerta de las iglesias para no faltar á sus predicaciones. Despues de haber arrojado al error de Venecia obtuvo los mismos triunfos oratorios en Pádua y en Brescia.

Me ha sucedido una vez buscar largo tiempo el nombre de Laynez en un Diccionario histórico, por otra parte apreciable, y recomendado á la juventud, y encontrarlo, escrito por cierto con mala ortografía, encima del nombre del cantor Laiz, á quien se habia de-

dicado un extenso artículo, mientras que sobre Laynez habian escrito solamente dos líneas. Este hombre insigne habia sido, sin embargo, una de las lumbreras del Concilio de Trento, antes de brillar en el coloquio de Poissy, y la noble humildad con que rehusó el capelo cardenalicio, objeto de tan apasionadas ambiciones, valia quizá la pena de ser mencionada.

Pedro Lefevre siguió al embajador de Carlos V, Ortiz, cuando éste volvió al lado de su señor, y los controversistas de Alemania rehuyeron constantemente toda disputa con él, á causa de la reputacion de ciencia y de elocuencia que le precedia. Trabajó mucho, sin embargo, y sus esfuerzos fueron coronados de gran éxito, pues logró afirmar en la fé á los católicos vacilantes, é inficionados por el contagio que los envolvía por todas partes; fué el predicador de la córte en Ratisbona, donde las conversiones se multiplicaron por la eficacia de su palabra; continuó su apostolado en España, y, volviendo luego á las orillas del Rhin, enseñó la Sagrada Escritura en Maguncia, con tal éxito y una autoridad tan grande, que pudo contener al arzobispo elec-

tor de Colonia, Herman de Weide, cuya inminente desercion iba á arrastrar á todo su rebaño. ¡Maravilloso efecto de elocuente caridad! Merced á ella, Lefevre salvó al Pastor, juntamente con el rebaño.

Pero apenas habia alcanzado esta doble victoria, cuando se hizo á la vela hácia Portugal, para recorrer de nuevo toda la península y fundar el colegio de Valladolid. Cuando recibió la carta que lo llamaba al Concilio de Trento se hallaba consumido por la fiebre en medio de sus trabajos. «No es necesario vivir, dijo, penetrado del pensamiento capital de la Orden, pero si es necesario obedecer,» y partió á pesar de las súplicas de sus discípulos, no deteniéndose hasta parar en los brazos de Ignacio en Roma, donde vino á morir con la alegría del justo.

Los Padres Le Jay y Bobadilla le habian reemplazado en Alemania, donde ambos, imitando la humildad de Laynez, debian rehusar el honor del episcopado. Le Jay fué quien respondió á los luteranos cuando le amenazaron con ahogarlo en el Danubio: «¿Qué más da llegar al cielo por agua que por tierra?» Como se ve, tampoco les faltaba ingenio.

Salmeron, el Benjamin de los afiliados en Montmartre, se abrió igualmente camino á través de las olas invasoras del protestantismo. Despues de la muerte de Lefevre fué elegido con Laynez, en calidad de teólogo del Papa, para asistir á las discusiones del Concilio, en donde la Iglesia romana iba á mostrarse más fuerte y más llena de vida que nunca.

Le Jay tomó parte tambien en tan augusta Asamblea como teólogo del Obispo de Augsburgo.

Apenas nacida, la Compañía veía ya colocados á sus humildes hijos entre los Principes de la Iglesia, honor del cual se mostraban merecedores, pues el Obispo de Módena escribía: «Los Padres Salmeron y Laynez han hablado sobre la Eucaristía tan admirablemente, que me estimo dichoso en vivir cerca de estos doctos y santos Padres (1).»

Solamente la historia de los diez primeros Jesuitas daría materia para un libro hermosísimo, íntimamente relacionado con todos los sucesos eclesiásticos más grandes de aquella

(1) *Hist. de la Compagnie*, Ad. Archier, p. 93-

parte del siglo XVI, áun cuando no se llegara á hablar de Francisco Javier.

Con solo Francisco Javier, se escribiría un poema que sería la ardiente epopeya de la caridad; pero apenas nos es posible bosquejar aquí, en compendio, su maravillosa vida.

Desde el principio, ó mejor dicho, áun ántes que la Orden estuviese constituida, Javier y Rodriguez habían sido llamados por Juan III de Braganza, rey de Portugal, para dar á conocer el Evangelio al otro lado del Occéano.

Recordemos las palabras dichas á Javier por Ignacio, al hablar de los peligros y de las alegrías de los Misioneros. «Javier, tu mirada brilla.....» La vocacion apostólica del heróico hijo de Navarra no había hecho más que crecer desde este tiempo. Acogió con entusiasmo la orden de su partida, y hubiera emprendido su marcha hasta sin el traje necesario, si Loyola no le hubiese puesto su mismo manteo sobre los hombros.

Había conservado toda la espontaneidad de la infancia, aunque era un sapientísimo doctor. Aquella alianza de sencilla vivacidad y de grave saber daba á toda su persona un encanto penetrante, y advertíase algo en ella que

parecía sobrehumano. Juan de Braganza quiso detenerlo en la corte de Portugal, donde las palabras encendidas que brotaban de los labios del jóven apóstol ganaban para Dios todos los corazones; pero no era ni á los príncipes ni á los cortesanos á quienes él destinaba los tesoros de su palabra.

Hizose á la vela en un barco de la flota de las Indias, cinco meses ántes de que se firmara la Bula de la fundacion, esto es, el 9 de Abril de 1540, acompañado de los Padres Camerino y Mansella.

Llegó á la rada de Goa en el mes de Mayo del siguiente año, despues de una travesía larga y peligrosa, durante la cual habia edificado á todos con su piedad, alentado con su valor y hasta recreado con su jovialidad y gracejo. Durante este viaje se le dió por vez primera el nombre de: «El Padre Santo,» que conservó siempre, así entre los mahometanos é idólatras como entre los cristianos.

No era una circunstancia favorable para captarse la confianza de los desgraciados pueblos conquistados, la cualidad de cristiano, tan hermosa y tan gloriosa en sí misma. Los indígenas no habian conocido todavía con el

nombre de cristianos más que á traficantes codiciosos, crueles, disolutos, llenos de vicios, y por decirlo de una vez, cargados de crímenes.

La opresion que los comerciantes portugueses hacian pesar sobre las Indias habia llegado hasta á los más repugnantes escesos, tanto, que parecia entonces como si Europa no entendiese sus conquistas hasta los confines de la tierra, sino para propagar más y más la lepra de su sórdida y corrompida avaricia.

Javier predicó á los comerciantes antes de predicar á los salvajes, y les dijo: «¿Cómo quereis que exhorte en nombre de Dios á gentes que no tienen otra falta sino su ceguedad, para que lleguen á parecerse á vosotros que estais cargados de todas las iniquidades?»

No hay ciertamente pueblo alguno más difícil de moralizar que estas agrupaciones de aventureros codiciosos, que nuestras decrepitas civilizaciones envian desde hace cuatrocientos años á buscar fortuna á las Indias y al Nuevo Mundo; pero la palabra de Francisco Javier conmovia de tal suerte los corazones, y era su fuerza de persuasion tan poderosa y tan irresistible, que los traficantes de Goa, irritados al principio por la audacia del após-

tol, acabaron por capitular. Hubo en aquella Babilonia una fiebre de penitencia, y ciertamente que entre la multitud de milagros que acompañaron al brillante apostolado de Javier, no hubo ninguno más grande que este que acabamos de mencionar.

Convertir á una factoría portuguesa de las Indias, era más difícil,—y así lo juzgaron los contemporáneos,—que conquistar á la fé á toda la India, á pesar de su barbárie.

Así fué que, luego que Javier hubo superado este obstáculo, todos los senderos le parecieron fáciles de recorrer, y áun hallándose entre los sacerdotes estranguladores de Sivah, pudo decir sonriéndose: «¡He vencido con la ayuda de Dios á los comerciantes de Goa!»

En su primera mision llegó hasta el cabo de Comorin, y penetró milagrosamente en el país de los Pazares. Una mujer moribunda fué curada al solo contacto del Crucifijo de Javier, el cual se vió rodeado de millares de indígenas, que escuchaban la predicacion, que hacia por señas, y adivinaban su lenguaje desconocido. Habia presagiado la mágia de la Cruz, y vió sus prodigios; su Crucifijo habló

por él todo el tiempo que tardó en aprender la lengua malabar, y áun mucho despues que la hubiera aprendido. Cuando la fatiga de su incesante predicacion le agobiaba, tocaba su famosa campanilla con una mano y con la otra mostraba la imágen de Cristo crucificado, y las ciudades enteras acudian á él humildes y penitentes para recibir el bautismo.

Le sucedió á menudo,—tan profunda era su fatiga,—no poder levantar los brazos para derramar el agua santa sobre las cabezas de los catecúmenos, que acudian en tropel al terminar el Apostol sus fecundas jornadas.

Y su corazón nadaba en torrentes de alegría, que se desbordaban convertidos en cánticos de gozo; sufría el frío, el calor, el hambre, la enfermedad; sus piés desnudos se herían en los abrojos de los caminos; sin embargo, no se quejaba de nada, ó más bien gozaba en todo; era infatigable é invulnerable; caminaba sobre la tierra como si ya se encontrase en el cielo. Por la noche, en vez de reposar, se preparaba auxiliares, instruyendo á los que mostraban buena voluntad para ello, sucediendo á veces que su sencillo auditorio que-

daba de repente en el mayor silencio, nadie se movía, todos procuraban contener la respiración, haciéndose de vez en cuando mutuamente alguna tímida y dulce señal que quería decir: «¡No le despertéis!...» Era que el «Padre Santo,» vencido por el exceso de las fatigas del día, había cerrado los ojos á pesar suyo, y que sus discípulos enternecidos, — aquellos discípulos que eran, en su totalidad, jóvenes salvajes que estudiaban para mártires, — trataban de prolongar todo lo posible los furtivos minutos que el sueño robaba á la tarea del maestro, á quien tanto amaban.

Infundía Francisco Javier tal respeto y tan viva admiración, que uno de sus principales esfuerzos tenía que ser, y era, destruir en los niños la idea de que él era un Dios.

Entre tanto, todo crece en su misión con prodigiosa rapidez. La semilla de auxiliares que ha sembrado durante dos años empieza á fructificar. Funda un Seminario en Goa, su cuartel general; sus primeros Sacerdotes están en flor; ya puede intentar lo que ayer le parecía imposible, y, en efecto, héle aquí que penetra más adelante, más adelante cada vez; pero ya no está solo. En algunas semanas sola-

mente bautiza en el Travancor *por su propia mano* á 10,000 personas.

«No matareis,» había dicho Ignacio. Javier pone en huida á las tropas armadas adorando el Crucifijo, y como una ciudad idólatra resistiera tenazmente á su palabra, pide á Dios el poder de resucitar á un Lázaro, y Lázaro es resucitado.

Todo Travancor se hace católico á consecuencia de este milagro, comprobado en las actas de la canonización de San Francisco Javier.

Ignacio estaba en Roma cuando recibió la carta en que su hijo muy amado le anunciaba sus triunfos y le pedía soldados para dar abasto á tantas victorias.

Ignacio no pierde un momento. Los nuevos auxiliares se embarcan en Lisboa, pero Javier no los espera. Se lanza de nuevo: seguid en pos de él los progresos de la divina gracia: vedle en la isla de Manar, después en Méliapour; luego en Malaca, sitiada á la sazón por el rey de Achem. La presencia de Javier vale por un ejército.... La India es suya. ¡Gloria á Dios!

La India ya no le basta. Un dedo misterioso

le señala el Japon, y corre allí, acompañado solamente de tres misioneros. Hacia entonces nueve años que habia dejado á Europa, y no habia descansado un solo dia.

Su llegada á la India habia sido modesta; en el Japon, el navío que lo llevaba, fué saludado al desembarcar en Firando por toda la artillería de la rada. Esto no era, sin embargo, augurio cierto de éxito. Los obstáculos no se presentaron en seguida; es verdad, pues Javier pudo llegar á la capital del imperio y predicar tranquilamente; pero el extraño carácter y las costumbres profundamente corrompidas de los Moáquinos desconcertaron un instante al hombre á quien nada habia sido poderoso á detener; se acuerda de la India y necesita toda su valerosa resignacion para consagrarse ardientemente á una obra que juzga imposible. Sin embargo, redobra sus esfuerzos.

Por fin Dios, que ha escuchado sus oraciones acompañadas de lágrimas, le concede una recompensa proporcionada al sacrificio: despues de dos años de angustias que le costaron la vida, Javier es dueño del Japon.

¿Se detendrá por fin? No. No se detendrá

nunca. Cambiará de camino. Ha vuelto los ojos hácia esa inmensidad desconocida: la China. Antes de emprender aquella campaña gigantesca, vuelve todavía una vez á Goa, donde recibe la seguridad de que la India cuenta con medio millon de cristianos. «¡Gloria á Dios! dice; esta cosecha es hermosa; vamos á sembrar otros campos.» Y se embarca para China.

Pero aunque este apóstol, cortado por el patron de los primeros que iluminaron al mundo, es admirablemente grande, Dios ha calculado su tarea y le ha señalado la hora del descanso. La travesía se presenta con síntomas desfavorables. Javier se prodiga como siempre, pero sus fuerzas le hacen traicion: despues de terribles sufrimientos, lo desembarcan moribundo en una costa que no es la de China. Ha llegado su hora; sus compañeros le rodean llorando; estrecha contra el pecho su Crucifijo, sonrie y muere cantando la última estrofa del cántico de San Ambrosio: *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum!*

Contaba entonces cuarenta y cinco años, de los cuales habia durado doce su apostolado.

Su memoria es honrada en la Iglesia entre la de los Santos más grandes.

De todas las misiones de Francisco Javier, la más fecunda en mártires fué la del Japon, donde millares de fieles indígenas y cerca de cien Padres Jesuitas confesaron la fé, en medio de los tormentos (1).

Ignacio vivió todavía cuatro años despues de la muerte de Javier; de los tres estudiantes del colegio de Santa Bárbara no quedaba más que él. Lágrimas de dolorosa alegría corrieron de sus ojos al saber el hermoso fin de su hermano y amigo.

Su obra tomaba las proporciones de un imperio. Para no hablar aquí más que de sus conquistas lejanas, solo diremos que tres años antes de la muerte de Javier, y en el momento en que llevaba la luz de la verdad al Japon, seis miembros de la Compañía de Jesús desembarcaban en el Brasil y trabajaban con tanta fortuna, que su popularidad servia de contrapeso en todas partes al odio suscitado por los comerciantes portugueses. Co-

(1) La Iglesia honra á treinta y seis de ellos como mártires.

locados los Padres de mediadores entre estas dos bárbaries, la una civilizada y la otra salvaje, les costaba menos ganar á los comedores de carne humana que á los comedores de oro, pues pudieron poner fin á los atroces festines de los antropófagos y no pudieron curar la inextinguible sed de riqueza que devoraba á los europeos.

La colonia portuguesa de San Salvador dominaba por medio de los cañones; pero los compañeros del sábio y noble Padre Anchieta dominaban por el amor, y más de una vez los hombres del cañon se refugiaban suplicantes y temblorosos detrás de los hombres de la caridad, los cuales no les negaban nunca su proteccion.

La metrópoli portuguesa se desquitó posteriormente de tantos beneficios prodigados á sus hijos de las colonias: en Lisboa precisamente el siniestro asesino de los Padres (*mata-dor dos Padres*,) Sebastian de Pombal, debia en pleno siglo del filosofismo, en el siglo XVIII, emparedar á los Jesuitas y quemarlos vivos.

En 1553, la preponderancia de la Compañía era tal en la América del Sur, que Ignacio tuvo que crear una provincia del Brasil, como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1825 MONTERREY, MEXICO

habia creado ya la provincia de las Indias en el extremo del Oriente.

Al mismo tiempo enviaba Ignacio una santa embajada á Fez y á Marruecos para negociar la libertad de los esclavos. ¡Ah, el odio tenia donde cebarse, y el papel de los Jesuitas se dibujaba en toda su odiosa grandeza!

Otros Jesuitas, en efecto, penetraban en Etiopía y hasta en el Congo para buscar ó para hacer cristianos. Los reyes de Abisinia fueron católicos un momento, pero llegaron misioneros protestantes y las olas de la idolatría volvieron á subir.

No inculparemos por esto á todos los protestantes. Hacemos constar nada más los obstáculos que han opuesto frecuentemente á la propagacion de la verdadera fé, y la inutilidad de sus esfuerzos cuando han querido remedar infelizmente á las misiones católicas, tarea que han ensayado en todas partes, y siempre sin éxito, á pesar de los inmensos recursos materiales de que disponen.

Los Apóstoles hacen voto de pobreza y su predicacion es fecunda. El seudo-misionero protestante dispone de millones y no alcanza resultado.

Ignacio tenia más de sesenta años. A pesar del cuidado que ponía en ocultar su vida, era famoso entre todos los hombres de su tiempo. Desde el fondo de su celda habia ejercido sobre los sucesos una influencia inmensa, y sin haber asistido personalmente ni al Concilio de Trento, ni al coloquio de Poissy, y aunque sus piés no pisaron el palacio de los príncipes, habia difundido aquí y allá, por todas partes, su espíritu y su palabra, lo mismo en las Asambleas donde resuena públicamente la elocuencia, que en los retirados gabinetes, donde la política de los reyes murmura su lenguaje misterioso.

Habia cumplido con creces su promesa, y en todas partes los ultrajes de los enemigos de la Iglesia le hacian justicia proclamando que era la verdadera losa de plomo que aplastaba la Reforma.

Hubo un instante en que deseó el descanso de los obreros que han terminado su tarea.

Pero los que le veneraban le hicieron comprender, no sin alguna severidad, que para aquel que ha ligado su vida, no hay punto de reposo, sino despues de la muerte.

Obedeció, se quedó en su puesto, y murió

General de la Compañía el 31 de Julio de 1556.

Mientras vivió nunca decía «He hecho,» sino «He visto.» Había visto la herejía, no vencida, pero sí detenida en sus formidables progresos; había visto á los países infieles trayendo á la comunión de los fieles más almas de las que había arrojado fuera de ella el trabajo combinado de todos los falsos profetas que aparecieron en el siglo, agitado de tan extrañas convulsiones.

Había visto á la reforma, á la verdadera reforma católica, introducida en todas partes por la Iglesia, y produciendo ya admirables resultados.

Para darle la parte que le corresponde en el cumplimiento de estas grandes cosas, ni es preciso consultarlo á él, ni á su posteridad religiosa. Sería alegar un testimonio sospechoso. Si se quiere saberlo debidamente, lo que conviene hojear es la montaña de los *documentos* acumulados por la cólera y la rabia. En esto la inventiva del enemigo herido glorifica al soldado que le hirió; cada ultraje es una honra; en los escritos de los protestantes es donde Loyola y los Jesuitas de su tiempo tienen sus ejecutorias de nobleza.

Veintidos años menos dos semanas despues de aquella mañana de la Asuncion en que vimos al escolar mendicante subir solo y cojeando la pendiente de Montmartre, hasta el momento en que Ignacio, anciano, siempre mendigo, pero no solo, entregaba su hermosa alma en manos de Dios, pudo ver con la mirada de los Santos, que abarca el tiempo, treinta casas, ochenta colegios, más de mil Padres y cien mil estudiantes, llevando su señal en la frente, derramados por todo el mundo.